

La dualidad y Octavio Paz

(paciana)



GUILLERMO SAMPERIO

No existe un acuerdo general sobre un programa crítico ni se puede tampoco escribir críticas válidas para todo mundo, puesto que un programa es, por naturaleza, la afirmación de que sólo algunos fines son dignos de alcanzarse y no otros, preferente o exclusivamente. La mayor parte de escritores de libros sobre crítica y muchos escritores de ensayos críticos tratan de contestar a preguntas sobre autores, géneros, precedentes, técnicas de composición, movimientos y otras materias que requieren el estudio de muchos textos fundamentales. Al ensancharse el campo de examen, la meta ideal se pierde: por muy profundo y extenso que sea el examen crítico, el ideal es inalcanzable. Cada uno de los métodos desarrollados por la crítica moderna son sólo un grado preliminar de exploración. Todos los métodos pueden ser ampliados y perfeccionados de manera indefinida. Se debe, en primer lugar, reconocer una contingencia en la valoración; después, la limitación radical del sujeto crítico: para Octavio Paz el poema es un objeto mágico. Esa conceptualización determina la manera en que aborda el análisis crítico.

El crítico puede descubrir principios de división y algunos métodos de clasificación que le permitan el análisis que realice sobre un objeto menos amplio que el cuerpo completo de la ciencia de la crítica. La magia es un sistema, con leyes propias, que es verdadero en tanto que metáfora del misterio humano y cósmico. Según Octavio Paz: "La primera actitud del hombre ante el lenguaje fue la confianza: el signo y el objeto representado eran lo mismo. La escultura era un doble del modelo; la fórmula ritual una reproducción de la realidad, capaz de reengendrarla." Es decir, el lenguaje originalmente fue mágico, por eso el poema devuelve al lenguaje su originalidad primera. El mundo del

hombre es el mundo del sentido. La ambigüedad, la contradicción, lo absurdo, la locura misma, todo es preferible a la carencia de sentido. Hablado, escrito, plástico o musical, el lenguaje es un sistema expresivo dotado de poder significativo y comunicativo. "La lectura del poema —dice Paz— ostenta una gran semejanza con la creación poética. El poeta crea imágenes, poemas; y el poema hace del lector imagen y poesía."

Las dos historias: la de las sociedades y la literaria abundan en enigmas; es tarea ardua abarcar ambas. Giovanni Papini, en uno de los viajes de Mister Gog, atribuye a Frazer, autor de *La rama dorada*, una teoría basada en una doctrina que da un mismo origen para ambas: la magia; Aleister Crowley propuso un nuevo orden: nueva religión, ciencia, arte y filosofía, basado, igualmente, en lo que estas disciplinas tienen en común: la magia. Aunque en el primero se trata de una postulación literaria y en el segundo metafísica, ambos, sin embargo, tienen un fundamento real: Sumeria, lugar donde nace la historia, porque allí se encuentra el más antiguo texto escrito que es de carácter religioso-mágico. O como lo diría Martin Heidegger: somos seres en diálogo en el origen, en diálogo con los dioses.

El crítico debe encontrar el principio de división que mejor convenga al fin en perspectiva. "No hay escritor de fama universal —dice Borges— que no haya amonedado un símbolo; éste, conviene recordar, no siempre es objetivo y externo." El signo representativo de la obra de Paz es, precisamente, la moneda: águila o sol, o más bien águila y sol: fénix. No hablamos aquí de una ficción literaria, sino de una manera de simbolizar. La significación para Octavio Paz es dual: no es esto en lugar de lo otro: es esto y lo otro, con-



Germán Venegas

vergencia y divergencia, bifurcación de imágenes que no son ambiguas sino una tentativa de resolverse en unidad; más que movilidad entre el aquí y el allá, es viaje al otro lado de este lado. Su dicotomía está situada entre manifestaciones analíticas, o descriptivas, y manifestaciones críticas valorativas, que son, al mismo tiempo, un sistema de valoración externa, percepción fuera del perímetro de la literatura, de las condiciones bajo las cuales se ha producido, y un sistema de valoración interna que se ocupa de las leyes del ser fundamental de la literatura.

Los mexicanos negamos nuestra raigambre española y nuestro pasado indígena.

Nos despedazamos a nosotros mismos —recuerda Octavio Paz— con un extraño gusto por la destrucción y devoramos nuestros corazones con júbilo sagrado. En nuestras manos gotea un ácido que corroe todo lo que toca. Vivimos enamorados de la nada pero nuestro nihilismo no tiene nada de intelectual: no nace de la razón sino del instinto y, por tanto, es irrefutable. Jamás han sido expresadas por el arte o el pensamiento estas oscuridades y luces de nuestra alma.

La revolución renacentista parte de Italia e inaugura el mundo moderno; en ese momento España —que luego se

recogerá en sí misma— recibe la literatura, el arte y la filosofía del nuevo espíritu. La búsqueda de un camino más corto para llegar al oriente, palabra mágica en sí misma donde sueña el “oro”, descubre América. Para Octavio Paz la literatura mexicana es una literatura trasplantada. La Nueva España vivió con plenitud la cultura hispánica y la modificó sustancialmente. El saber trasplantado de España giraba en torno a la teología; además, la tradición cristiana se fusionaba con el humanismo clásico: la Biblia y Ovidio, San Agustín y Cicerón, Santa Catalina y la sibila de Eritrea. Los americanos de habla española nacimos en un momento universal de España; la poesía mexicana nace en la plenitud solar del mediodía, primer signo de Octavio Paz: el sol.

Un poderoso estímulo para los españoles al emprender la exploración del Nuevo Mundo, además del codiciado oro, fue, sin duda alguna, la posibilidad de encontrar maravillas, vislumbradas en novelas de caballería, crónicas de viaje y otros libros, como el de las *Etimologías* de San Isidoro de Sevilla y la *Historia natural* de Plinio.

La primera visión de América es la visión de lo imaginado, visión alimentada de componentes maravillosos; por ello la fauna que el conquistador vio y describió, sin intención de ser ficción literaria, parece sacada de un bestiario medieval de seres fabulosos; fauna más soñada que real, como puede corroborarse en los testimonios de los conquistadores:

Un balletero había herido una animalia, que se parece a un gato paul, salvo que es mucho más grande y el rostro de hombre: tenía atravesado con una saeta desde los pechos a la cola, y porque era feroz le hubo de cortar un brazo y una pierna; el puerco, en viéndole, se le encrespó y se fue huyendo; yo cuando esto vi mandé echarle ‘begare’, que así se llama a donde estaba; en llegando a él, así estando a la muerte se la amarró muy fuerte, y con la mano que le quedaba le arrebató por el copete como a enemigo.

En las relaciones de la conquista abundan ejemplos como el anterior: la aparición de gigantes, hombres con cara de perro, sirenas, licántropos; el descubrimiento de lugares fantásticos como el Dorado, o el Paraíso terrenal, eran acontecimientos verosímiles; más todavía, a esto hay que añadir el decisivo papel de la “verdad oficial”: la participación directa de seres sobrenaturales como el diablo y la oportuna ayuda de la Providencia al conquistador.

Cristóbal Colón, en su cuarto viaje, con el propósito de buscar el paso del estrecho que pudiera llevarlo a la India,



Germán Venegas

se dirigió al istmo de Panamá. Los huracanes deshicieron sus barcas y naufragó en la isla de Jamaica, donde escribió a los reyes de España la carta que se conoce con el nombre de "Lettera Rarissima", mezcla de discusiones cosmográficas y visiones bíblicas. En ella, no sólo atribuye a Dios haber salido con bien de sus numerosas penurias, actitud comprensible para cualquier cristiano, sino que escucha voces, como los santos:

Cansado, me adormecí gimiendo —dice Colón—, una voz muy piadosa oí diciendo: "¡Oh, estulto y tardo a creer y a servir a tu Dios, Dios de todos! ¿Qué hizo él más que Moisés o por David sus siervos? Desde que naciste, siempre tuvo de ti muy grande cargo. Cuando te vido en edad de que de él fue contento, maravillosamente hizo sonar tu nombre en la tierra. Las Indias, que son parte del mundo, tan ricas, te las dio por tuyas; tú las repartiste adonde te plugó, te dio poder para ello. De los atamientos de la mar oceánica, que estaban cerrados con cadenas tan fuertes, te dio las llaves; y fuiste obedecido en tantas tierras, y de los cristianos cobraste tan honrada fama. ¿Qué hizo el más alto del pueblo de Israel cuando le sacó de Egipto?"

De aquí se desprenden dos puntos: primero, la presencia de lo maravilloso, y segundo, el hecho de que Colón

creyera ser un elegido de Dios. Ambos puntos se explican recíprocamente; pero es necesario separarlos para comprenderlos como consecuencia de una tradición que encierra fines políticos. Los siglos XVI y XVII le pertenecieron a la Iglesia, "custodia" de la cultura, castigadora de herejes (pensadores ilícitos); la teología era la ciencia de ciencias y en torno a ella giraba el saber entero. Así que la participación de los antagónicos agentes sobrenaturales, Dios y diablo, no eran más que la indiscutible verdad.

A lo largo de ocho siglos los moros dominaron la Península Ibérica; luchaban en el nombre sagrado de Alá y su profeta; en tanto que el núcleo cristiano carecía de una devoción unitaria para hacerles frente. Por esta razón, se vieron en la necesidad de inventar batallas, como la de Clavijo, en la que el apóstol Santiago apareció decapitando moros, en medio del combate. Aquella batalla provocó, casi inmediatamente, devoción nacionalista; Santiago se convirtió en patrono de la reconquista castellana y, posteriormente, de toda España. En 1542, después de la toma de Granada, los españoles se eligieron a sí mismos como pueblo mesiánico, para conquistar espiritual y materialmente el mundo, llevando la salvación de las almas en la palabra de Cristo; tal como lo escribe Colón: "quién ha de ser, Dios, por boca del profeta, en el décimo cuarto salmo lo dice. El abad Joaquín dijo que éste había de salir de España". La Santa Madre Iglesia Católica regía los destinos políticos, a fin de llevar la Palabra Divina, derramando sangre si era necesario, hasta el último confín; labor encomendada a los soldados de Dios en su implacable lucha contra el mal, personificado por el diablo y localizado políticamente en los moros, durante las cruzadas, y en los indígenas, durante la conquista.

El indígena y su cultura son, más que descritos, interpretados por el español: "Otra gente que hallé que comía hombres: la deformidad de su gesto lo dice ... Y de estos dos nombres cortados se compone Hutzilupuchtli y con él se nombra este diabólico Marte indiano." La presencia del mal, como acción del diablo en su empeño por corromper almas, se traduce en la necesidad de rescatar, aun contra su voluntad, a la criatura que vive cegada por el pecado. El conquistador utilizó la evangelización como justificante de una política de guerra, con sus consecuentes crímenes, y la legalización de la conquista de la tierra por la conquista del cielo.

Al conquistador no le interesaba el indígena ni, mucho menos, su cultura, como lo explica Samuel Ramos: "España no tenía entonces exceso de población que emigrara ni

su propósito era colonizar América, sino explotarla." En las crónicas del descubrimiento y la conquista se enlazan, pues, dos móviles: uno real, otro ficticio; el primero queda oculto por el segundo, que es el visible; ambos son síntomas de un despotismo disfrazado de religión. Tomar en serio sus intenciones evangelizadoras es caer en la trampa de una propaganda del Estado. Al respecto escuchemos a Octavio Paz: "La religión era el centro de la sociedad y el verdadero alimento espiritual de sus componentes. Una religión a la defensiva, sentada sobre sus dogmas, porque el esplendor del catolicismo en América coincide con su decadencia en Europa." Dos corrientes de pensamiento coexistieron en el pueblo español: de un lado, un misticismo degradado para sostener un ambicioso plan de conquista; del otro, la doctrina de Cristo como la única base moral.

Más que una visión del mundo —prosigue Paz—, una civilización es un mundo. Un mundo de objetos y, sobre todo, un mundo de nombres. En la poesía hispánica, doble heredera de la antigüedad grecorromana y del judeocristianismo, las uvas no sólo son el fruto que nos da el vino sino que aluden a dos divinidades: Cristo y Baco. A su vez, el vino ocupa el lugar central en dos convivios que son la expresión más alta del Occidente mediterráneo: el Banquete y la Santa Misa, el diálogo filosófico y el sacrificio del Hijo del Hombre.

El lenguaje y el mito, continúa Paz,

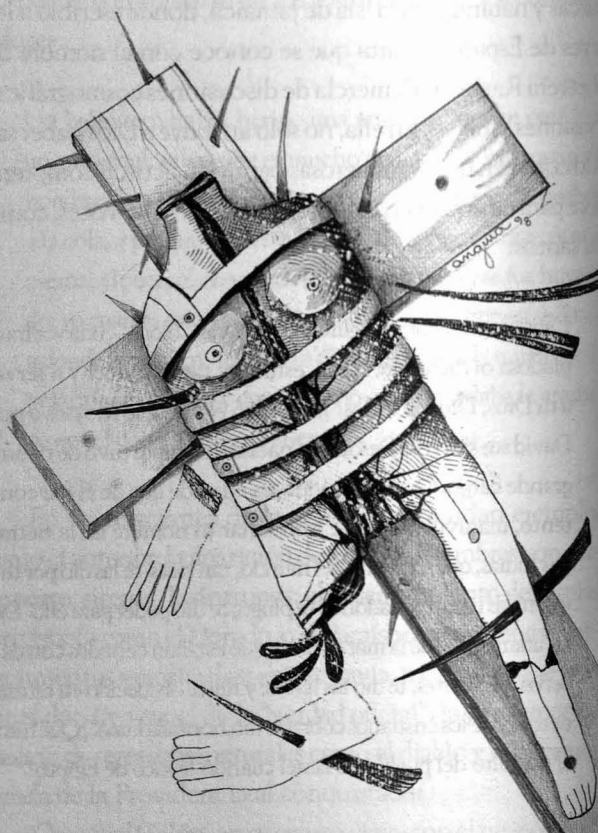
son expresiones de una tendencia fundamental para la formación de símbolos: el principio radicalmente metafórico que está en la entraña de toda función de simbolización. Lenguaje y mito son vastas metáforas de la realidad. La esencia del lenguaje es simbólica porque consiste en representar un elemento de la realidad por otro, según ocurre con las metáforas.

El escudo nacional es la representación icónica de un mito y en él encontramos el segundo signo de Octavio Paz: el águila.

La religión para los aztecas era el sustrato último en el cual todo tenía su fundamento y su explicación: cuanto existía se encontraba integrado esencialmente en un universo sagrado. Dice Miguel León-Portilla que "Los cómputos del tiempo, las edades cósmicas y cada una de las fechas, eran portadores de símbolos y realidades divinas. A través de los ciclos de fiestas se vivía de nuevo el misterio de los orígenes y de la actuación de los dioses." El estudio de los ritos, creen-

cias religiosas y pensamiento de los sacerdotes y sabios aztecas, ha traído como consecuencia el planteamiento de nuevos problemas: en la última etapa del México antiguo el fenómeno religioso fue el resultado de elementos de origen distinto. Al parecer, subsistían tradiciones muy antiguas, comunes a casi todos los pueblos de alta cultura en Mesoamérica; conjuntamente, había en la religión azteca características de este grupo desde los tiempos de su peregrinación.

Los textos indígenas del mundo náhuatl del siglo XVI (aztecas, texcocanos, tlaxcaltecas...) dan su propia versión acerca de la fundación de Teotihuacan. Para el pensamiento indígena el mundo había existido varias veces. La que se llamó primera fundación de la tierra había tenido en conjunto cuatro eras o soles, anteriores a la época presente. En esas edades o soles había tenido lugar cierta evolución en espiral, en la que aparecieron cada vez formas más evolucionadas de seres humanos, plantas y animales. Las cuatro fuerzas primordiales: agua, tierra, fuego y viento, habían presidido esas edades, hasta llegar a la quinta época, designada como la del Sol de movimiento. Los hombres se llamaron macehuals o merecidos, puesto que habían recibido la vida gracias al autosacrificio de los dioses; y



Ricardo Anguía

habían de corresponder con su propia sangre para mantener la vida. En un momento decisivo para la vida del pueblo azteca aparece un hombre excepcional: Tlacaélel, a quien iba a deberse la creación de una nueva visión del mundo y, en una palabra, toda la grandeza de su pueblo. Tlacaélel nunca quiso ser rey. Prefirió actuar como consejero: primero de Itzcóatl y después de Motecuhzoma Ilhuicamina y de Axayáctli. Tlacaélel se valió de los elementos de la antigua cultura tolteca que consideró útiles y provechosos, aunque les dio muchas veces un sesgo distinto; en honor a Hutzilopochtli y de los demás dioses, se celebraron con mayor frecuencia los sacrificios humanos. Para obtener víctimas, Tlacaélel había organizado las famosas guerras floridas con los cercanos señoríos, también de lengua náhuatl, de Tlaxcala y Huexotzinco.

Numerosos textos permiten afirmar que la multitud de dioses de la religión popular vino a tener un sentido muy diferente en la concepción religiosa de los sabios. Algunos de ellos, ahondando en la herencia tolteca, llegaron a plantearse problemas en torno a la suprema divinidad Tloque Nahueque, dueño del cerca y del junto. Concretamente se atribuye al sacerdote Quetzalcóatl la formación de toda una doctrina teológica acerca del supremo dios dual Ometéotl, identificado después como el dios Quetzalcóatl, como un título que evocaba la sabiduría del dios dual.

Quienes insistían en mantener la pureza del culto a ese supremo dios que vive más allá de lo que ven los sentidos, tuvieron que luchar muchas veces contra quienes se empeñaban en introducir otros ritos, particularmente el de los sacrificios humanos. Las discordias internas provocadas por quienes estaban empeñados en alterar la antigua religión del dios Quetzalcóatl, iban a tener por resultado la ruina de Tula hacia mediados del siglo XI d. C. El sacerdote Quetzalcóatl, acosado por sus enemigos, tuvo al fin que marcharse.

En el México antiguo la doble función de la uva es cumplida por el peyote y los hongos alucinógenos. Para Europa, comenta Paz recordando a Nietzsche:

En el trigo se repite la dualidad del vino: Céres y Démeter, Cristo y la Sagrada comunión. En México el lugar del trigo lo ocupa el maíz. Alimento universal gemelo del pan, el maíz era también una metáfora material —como la hostia cristiana— de los misterios divinos. Entre los ritos asociados al maíz, hay uno, recogido por Torquemada, que impresionó particularmente a Sor Juana: durante una ceremonia que se celebraba en el Templo Mayor de México-Tenochtitlan, los

devotos comían pedazos del cuerpo de Hutzilopochtli, que era un ídolo hecho de pasta de maíz y empapado de sangre. El parecido con la Eucaristía les debió parecer a los españoles a un tiempo alucinante y escandaloso.

Finalmente, la poesía que los primeros poetas mexicanos conocen como suya es la misma que en España se miraba como descastada y extranjera: la italiana. Para Menéndez y Pelayo la primitiva poesía americana podía ser considerada una rama de la escuela sevillana. Por ello, Octavio Paz afirma: “La forma abstracta y límpida de los primeros poetas novohispanos no toleraba la intrusión de la realidad americana. Pero el barroco abre las puertas al paisaje, a la flora y la fauna y al indio mismo.” El antiguo ritual religioso, indígena, tiene coincidencias con el catolicismo; el arte barroco mezcla lo indio y lo español: la Virgen de Guadalupe encarna la conciliación de dos mitades adversas y expresa la originalidad de la naciente nacionalidad. La poesía barroca aceptó los elementos nativos, no por un nacionalismo poético, sino por fidelidad a la estética de lo extraño, lo singular y lo exótico.

Recordando a Paz,

en el siglo XVII la estética de la extrañeza se expresó con una suerte de arrebato: la extrañeza que era ser criollo. En ese entusiasmo no es difícil descubrir un acto de compensación. La raíz de esa actitud es la inseguridad psíquica. Ambigua fascinación: a la inversa de los franceses de ese mismo siglo, los criollos se percibían a sí mismos no como la confirmación de la universalidad que encarna cada ser humano sino como la excepción que es cada uno:

doble herencia de culturas duales.

La ciencia de la poesía quiere reducir a géneros la pluralidad del poema, planteaba Paz; las nomenclaturas son utensilios de trabajo, pero son instrumentos inútiles cuando se les quiere usar para tareas más sutiles que la mera ordenación externa. Al descubrir un rasgo no se ha demostrado un juicio: se ha descubierto un rasgo. Los juicios suministrados por la retórica, cuando no se les examina bajo una perspectiva humana, carecen de sentido. “La poesía mexicana no encuentra su forma nativa —dice Paz—, y cada vez que se arriesga a expresar lo mejor y más secreto de su ser no tiene más remedio que servirse de un lenguaje abstracto y que es suyo sólo por un acto de conquista intelectual.” Es decir, no puede expresarse en náhuatl sino en español; por ello no puede eludir la dualidad. ♦